

Marco Denevi: de la escritura a la representación

Javier de Navascués

En diciembre del año pasado murió en Buenos Aires Marco Denevi, un escritor tan brillante como poco conocido fuera de su país, a pesar de haber recibido elogios de Octavio Paz, Adolfo Bioy Casares o Enrique Anderson Imbert. Sus prometedores comienzos literarios tal vez anunciaron demasiado pronto un éxito que nunca llegó a ser absoluto. Desde entonces las solapas de sus libros y los manuales de historia literaria repiten los mismo datos: en 1955 obtiene el premio Kraft con su primera novela, un relato policíaco que es un clásico del género en castellano: *Rosaura a las diez*. Siete años después viene *Ceremonia secreta*, también premiada y llevada al cine. No se suele decir, en cambio, que después sigue un número creciente de libros que acaban por consagrarlo en la Argentina, pero que no resulta suficiente, al parecer, para que su talento rebasara las fronteras del país. En 1997, un año antes de su desaparición, la Academia Argentina lo propuso para el Nobel de Literatura, un galardón que el mismo Denevi sabía remoto. Parecía, más bien, un modo de respaldarlo en su país, más que una segura apuesta por su consagración internacional. Valgan, pues, estas páginas para recordarlo y fomentar su conocimiento entre los lectores españoles que, a buen seguro, se llevarán una agradable sorpresa al acercarse a sus cuentos o a *Rosaura a las diez*¹.

La autoría y el palimpsesto

En esta ocasión, propongo al lector tres clases de lectura para introducirse en la obra de Denevi: la noción de literatura como palimpsesto, el sentido dramático de la vida y la comicidad. Cada una de ellas puede relacionarse con las demás, caracterizar sumariamente el mundo de nuestro escritor.

Camilo Canegato, el protagonista de *Rosaura a las diez*, es un pintor que se gana la vida haciendo retratos mediante el sencillo truco de pintar sobre

¹ Hay dos ediciones asequibles en España de las obras de Denevi: *Rosaura a las diez*, Madrid, Alianza, 1993, y una antología de cuentos: *Ceremonias secretas*, Madrid, Alianza, 1996.

una base de una fotografía proyectada en la pared. En un principio la creación así concebida se convierte en un fraude, pero con esa actividad Denevi está queriéndonos transmitir mucho más: no sólo la insuficiencia creadora del artista (tema repetido en sus relatos, por cierto), sino también la idea de que todo arte es necesariamente un palimpsesto. El mito de la originalidad, elevado a suprema categoría con las vanguardias, desagrada a Camilo Canegato por falaz. Tal vez por eso Denevi se introduce en distintos géneros literarios: la novela policíaca, el folletín sentimental, el relato fantástico, la narrativa gótica, etc. Algunas de las técnicas que ordenan toda una novela suya están tomadas de otras obras muy concretas. Así ocurre con el juego de perspectivas de *Rosaura a las diez*, que transparenta la lectura de *La piedra lunar* de Wilkie Collins. Pero el saqueo de otros textos para construir uno nuevo no conoce límites. Denevi se reescribe una y otra vez, en una prueba de insatisfacción que es más normal en los poetas pero muy raro entre novelistas. *Música de amor perdido* conoce dos versiones, al igual que *Una familia argentina* (antes *Enciclopedia secreta de una familia argentina*). El caso extremo sería el de *Noche de duelo, casa del muerto* que tiene dos versiones anteriores con distinto título (*Asesinos en los días de fiesta* y *Los asesinos en los días de fiesta*).

Toda escritura es traducción, una idea que haría propia Steiner, pero que Denevi reconoce haber transitado en sus espléndidas *Falsificaciones*, conjunto de microrrelatos montados sobre mitos y temas de la cultura occidental, desde don Quijote hasta Ulises, desde Paolo y Francesca hasta Durero y los Reyes Magos. Por eso, la última falsificación traza un bucle ingenioso y declara lo siguiente: «Cuando, traducido por cierto Marco Denevi, este libro salió publicado en la República Argentina, los nombres de los autores habían sido eliminados y críticos y lectores, todos en la luna, atribuyeron las falsificaciones a su inverecundo traductor»²

Si fue publicado en la República Argentina, podría añadirse, sólo falta pensar que detrás del inverecundo traductor se esconda otro traductor: Borges. Y quizá no sea inútil reconocerlo. Así, un comienzo tan borgiano como el del cuento «La noche de los amigos» invoca al maestro en un sofisticado juego de espejos: «Un hombre vive la historia y otro hombre la escribe. Uno se llama, supongamos, Ismael Shogur. El otro hubiera podido ser usted y entonces la historia sería memorable. Escrita por mí será una nostalgia de la suya»³.

² M. Denevi, *Falsificaciones*, Buenos Aires, Corregidor, 1984, p. 342.

³ M. Denevi, *Cuentos selectos, selección de Cristina Piña*, Buenos Aires, Corregidor, 1998, p. 275.

Denevi asume el lenguaje borgiano e incluso las protestas de modestia que Borges prodigaba hacia Stevenson, Kipling, Wells, etc. Pero de la misma manera que Borges se declara discípulo de sus maestros y a la vez se sacude su herencia, Denevi tampoco hace meras paráfrasis de Borges. Como recuerda en otro cuento «borgiano» («Simulacro de la persecución y muerte de Dormicio Hereñu»), «acaso la literatura, *mi* literatura, rectifica, no cumple otra misión que la de perfeccionar el pasado para que el porvenir no se proponga no ser menos»⁴. Imposible, pues, escribir sin la falsilla de la tradición, pero a la vez es deber del escritor estimularla y mejorarla, previendo además que el futuro depare nuevas reescrituras. Sin duda el peso de Borges pareciera oprimir los planteamientos de Denevi.

Cabe objetar, no obstante, que para el fabricante del Aleph toda la literatura es una, que todos los libros se resuelven en un solo Libro, mientras que Denevi, menos tajante, quiere salvar la singularidad de la obra literaria al proponer que el porvenir supere al pasado en la historia de las reescrituras. Así, la literatura como palimpsesto se erige en celebración de la lectura, en monumento al goce humano de leer ficciones. De ahí que las historias de Denevi sean tan entretenidas y de que la amenidad sea uno de los valores que defienda una y otra vez con sus relatos. Y su sentido del humor, qué duda cabe, tiene mucho que decir al respecto.

El arte del humor

Es el final de la película: el detective y su novia se dirigen triunfantes al balcón de la Casa Blanca acompañados del matrimonio Bush para saludar a la muchedumbre de admiradores. De repente el héroe, torpe hasta el último momento, da una palmadita en la espalda a Barbara Bush y ésta se precipita en el vacío. Intenta aferrarla de algún modo, pero lo único que consigue es arrancarle la falda. Último plano: desde la perspectiva de la multitud saludan los protagonistas mientras la primera dama norteamericana se balancea en una cornisa con la combinación al aire.

Se trata de una acumulación de secuencias escalonadas según una gradación ascendente. La unidad narrativa inicial de la historia no produce sorpresa. Parece evidente que los héroes saluden tras el arduo trabajo que ha supuesto detener a sus malévolos contrincantes. Algo muy distinto de lo que ocurre con la escena que después se presenta como su consecuencia lógica. La sucesión de secuencias incrementa el efecto grotesco hasta lle-

⁴ M. Denevi, *Cuentos...*, p. 334.

var la acción al absurdo, sobre todo si se advierte la naturalidad con que los personajes aceptan el encadenamiento dentro de la historia.

Por supuesto esta gradación retórica de lo cómico se puede explotar con éxito también en la literatura. Marco Denevi lo consigue de manera magistral en varios relatos y en alguna que otra novela. En *Noche de duelo, casa del muerto*, imagina una familia lunática que, tras darse cuenta de lo bien que se sienten todos velando a una hermana difunta, decide por amor a la humanidad buscar otros velorios donde prestar sus servicios como plañideras. Sus previsiones fallan estrepitosamente: en vez de recibir agradecimiento por parte de los allegados, encuentran indiferencia. Eso les hace seleccionar mejor los lugares. A partir de entonces concurren sólo a las mejores mansiones, porque allí, por lo menos, podrán curiosear cómo viven los ricos. Pero todavía queda un paso más en la vertiginosa carrera del absurdo. Cuando llegan a las casas del barrio Norte, se dan cuenta de que su presencia resulta molesta, por lo que se vengán robando secretamente cuanto objeto les parece valioso. Así, de falsos filántropos han derivado a ladrones pasando por gorriones y cotillas.

La teatralidad

Los personajes de Denevi son muchas veces ridículos y risibles, pero no sólo porque se vean envueltos en situaciones estúpidas o porque digan insensateces, sino porque viven actuando. Se comportan como histriones delante de un espejo que sólo existe en su imaginación. Sintiendo que no era el don que había recibido del cielo, Denevi renunció en su día a su vocación de autor dramático para volcar su sentido teatral de la existencia en sus cuentos y novelas. «La noche del príncipe» cuenta la historia de una jovencita que vive en un mundo de ensueños y que cree que un príncipe europeo, su Príncipe Azul, se ha enamorado de ella. Su familia, para frustrar sus «planes» de casarse con su amado, la manda a una estancia donde pasa sus ocios soñando en soledad. Allí finge hacer caso a los requerimientos de un mozo enamorado de ella para que le traiga la prensa del corazón y seguir alimentando sus ilusiones. Por los periódicos se entera de que el príncipe, de viaje por la Argentina, va a pasar en ferrocarril por el pueblo y, segura de que viene a buscarla, sale de noche a esperarlo. Sin embargo, el tren pasa a toda velocidad sin detenerse delante de ella. De regreso a casa, ve a un hombre: «La teatralidad que me rodeaba volvía ficticios todos mis actos. Y mi dolor me autorizaba ser el personaje que yo quisiera. Pues bien: ya le he dicho qué personaje quería ser: la princesa